

ALBERTI EL QUE NUNCA SE FUE

*No me preguntéis. Dormíos.
Nadie nos está llamando.
Todavía
nadie nos está llamando.*

QUIEN esto escribía hace más de veinte años allá por las orillas del Paraná quizá sospechaba, sin embargo, que al otro lado del mar algunas voces comenzaban a llamarlo ya; y presentía, acaso, que las voces se harían cada vez más y más altas.

Los versos de Rafael Alberti —como los de todos los exiliados— fueron borrados del mapa literario de los primeros años de la posguerra. Cuando el silencio impuesto empezó a quebrarse, alguna poesía escrita en la España peregrina comenzó a llegar a la España del interior; a ser comentada; estudiada... Mas Rafael Alberti era un "doble prohibido": prohibido por exiliado y por comunista. Pero llegó, a pesar de todo: primero, unos versos venían hasta unas pocas manos que los entregaban a otras; luego, tímidamente, algún título iba asomándose a los escaparates de alguna librería; fueron después las primeras ediciones publicadas en España; bastante más tarde, las exhibiciones clandestinas de su obra gráfica; más tarde aún, las páginas autobiográficas de *La arboleda perdida*, aproximándonos al escritor y al hombre... En los últimos años, los poetas, los camaradas, los amigos, los estudiantes, los jóvenes obreros... lo llamaban en voz alta. Hoy Rafael Alberti se ha convertido ya en un mito, aunque él, sin duda, prefiera que se le mire como un hombre de carne y hueso y como un trabajador incansable del arte.

Mas es inevitable que se mitifique a esa figura que, un día de marzo de 1939 partió de España rumbo a Orán, rumbo a París, rumbo a América; que en la República Argentina vivió desde 1940 hasta 1963, llorando, y cantando y soñando la Historia de España; que, desde Roma, sintió y vivió los problemas de su pueblo y de otros pueblos, clamando por la libertad. Cuando Rafael Alberti tuvo que separarse de su tierra ya había dado a España —y a las tierras de habla española— una importante parte de su obra: aún tenía que dar mucho más, y lo dio.

Los numerosos comentarios aparecidos estos días en la prensa diaria nos recuerdan el lugar y fecha de su nacimiento: Puerto de

Santa María, 16 de diciembre de 1902; nos hablan de sus estudios en el colegio de los Jesuitas; de su vocación de pintor; de su traslado a Madrid, en 1917, etc. En *La arboleda perdida* nos cuenta él mismo el otro lado de su aprendizaje de la vida y el arte: los paseos, la playa, el mar —siempre el mar de la bahía gaditana, al fondo—, el descubrimiento de la luz y del color de Andalucía, los primeros dibujos, su pasión por el arte y el hallazgo de su primera vocación —la pintura— que nunca abandonará; nos narra sus experiencias y sensaciones íntimas ante los cuadros del Museo del Prado; nos habla, luego, del nacimiento de la otra —la máxima— vocación: la poesía. En su obligado retiro del Guadarrama lee mucho y escribe versos. Allí empieza a surgir una colección de canciones de corte popular y de tema marinero y andaluz. El cancionero popular anónimo ha sido descubierto: sus prodigiosos ritmos se mezclan en la intuición del poeta al recuerdo de los cantares escuchados en labios de los hombres y mujeres de su pueblo; a los recuerdos del mar y de la luz de sus días de infancia y adolescencia. Y nace *Marinero en tierra*, que será Premio Nacional de Literatura en 1925: don Antonio Machado —uno de los miembros del Jurado— explicó en forma sencilla la razón de su voto a favor del libro del joven desconocido: "porque es el mejor". *La amante* (1926) y *El alba de alhelí* (1927) son, como *Marinero en tierra*, conjuntos de canciones: por ellos pasan hombres, pueblos, paisajes... En estos años comienza Alberti a relacionarse con un grupo de escritores jóvenes: entre ellos hay algún prosista, pero, en su mayoría, son poetas. Poetas que, desde muy pronto, revelan una increíble madurez artística. Un auténtico amor a la poesía y una inmensa fe en su vocación poética, unen a este grupo que hoy llamamos —quizá impropia— "generación del 27". Al Alberti de la década del veinte no podemos imaginarlo separado de ese grupo de escritores que conmemora el tricentenario de Góngora en forma casi escandalosa; que están al tanto de lo que pasa en la literatura y en las artes de

AURORA DE ALBORNOZ

otros países —sobre todo, de Francia—: que quieren hablar de cosas de su siglo —cine, deportes, inventos, etc.— y que se empeñan en crear gran poesía. Grande, grandísima, es la que entrega Rafael Alberti en las páginas de uno de los dos libros que publica en 1929, *Sobre los ángeles*. Poesía "surrealista", se le ha llamado. Sí: creo que lo es; pero siempre que tengamos en cuenta que hay un surrealismo "español", que no tiene que parecerse necesariamente al surrealismo francés de Bre-

tón y su grupo. Que hay un surrealismo español, o, si se prefiere, una corriente de poesía visionaria que viene de muy lejos: acaso de aquellos "cancioneros" que Rafael Alberti sabe de memoria.

Pero el poeta —cuya obra es inseparable de su trayectoria vital—, tras darnos esos prodigiosos ángeles —que son, realmente, una nube de "demonios" de los que se libera, al darles nombre—, descubre nuevos mundos, con nuevos dolores y esperanzas. Viene el encuentro con la escritora María Teresa León, su inseparable compañera; viene el encuentro con la problemática social y política. Y la poesía inicia nuevos rumbos. Aunque ya en 1929 crea poemas de contenido social, es en 1933, con la publicación de *Consignas*, cuando podemos hablar del "poeta en la calle". Y "poeta en la calle" sigue siendo hoy Rafael Alberti, sin que ello signifique que lo sea "exclusivamente". Los años de la República son para Alberti años de intensa militancia política; de viajes; de encuentros. El poeta sabe —y lo dice en su poesía— que hay que clamar contra la injusticia; habla de clases oprimidas; descubre, además, que hay —tam-



Alberti, en Madrid, después de treinta y ocho años de ausencia de su mapa de España.

bién— países oprimidos: en este sentido, creo que no es ocioso insistir en la importancia de los poemas que surgen tras el conocimiento de América: **13 bandas y 48 estrellas**, poesía anti-imperialista. Mas Alberti sabe perfectamente que, en arte, no bastan las buenas intenciones; por ello, sus poemas de ese momento —iniciales de una "poesía social" o "civil", en nuestro siglo—, así como los que crea posteriormente, son, hablando desde un punto de vista puramente formal, excelentes.

Durante la guerra civil, Alberti fue soldado en el Arma de Aviación, secretario de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, creador de teatro "de urgencia" —ya había estrenado alguna obra teatral antes de la guerra—; co-director de la revista "El Mono Azul" —antes, con María Teresa, había fundado y dirigido la revista "Octubre"—; incansable lector de poesía en los frentes; colaborador en publicaciones diversas... En 1936 escribe uno de los más impresionantes testimonios poéticos de nuestra guerra: él dirá mucho más tarde: "En medio de un Madrid casi cercado, escribo, celebrando su inmortal defensa, numerosos poemas que agrupo bajo el título de **Capital de la gloria**".

Entre el clavel y la espada (1941) es su primer libro de exilio. Según el decir del poeta, esos poemas quieren ser, fundamentalmente, "un canto a la belleza y un rechazo de la violencia". Seguirá **Pleamar** (1944), extenso volumen que revela bien las dos facetas de la personalidad del poeta: la íntima y la política. En 1945 aparece una obra llena de originalidad, de hallazgos, artísticamente perfecta: **A la pintura**. La historia, vivida día a día, se va reflejando en una serie de poemas diversos; de variados "signos del día": cuando recoja estos poemas en volumen los titulará **El poeta en la calle**. Personaje histórico —o intrahistórico— es Juan Panadero, que dice su vida y sus sentimientos a través de populares "coplas". Mucha poesía va naciendo al pasar de los años; los títulos se van acumulando: **Retornos de lo vivo lejano**, **Ora marítima**, **Baladas y canciones del Paraná**, **Sonrie China**, **Roma, peligro para caminantes**, **Canciones del Alto Valle del Aniene**, son sólo algunos. Rafael Alberti escribe y publica en Buenos Aires; escribe y publica en Roma; sigue escribiendo... No puedo detenerme ahora a comentar detenidamente ninguno de sus libros, mas no quiero dejar de decir unas palabras en torno a dos obras de esta etapa de exilio que, a mi juicio —quizá muy subjetivo—, representan —acaso junto con **Sobre los ángeles**— al mejor Alberti y constituyen una de las cimas de nuestra poesía del siglo XX: **Retornos de lo vivo lejano** (1952) y **Baladas y canciones del Paraná** (1954). Poesía —la de ambos libros—, dominada por el recuerdo

de una tierra: recuerdo que, en algún momento deja de serlo para fundirse con el presente que se está viviendo: "Los pinos de la barranca/son los del Mediterráneo", dice en una balada. Poesía de tono nostálgico que, a veces, de repente, puede tornarse en profundamente esperanzado: "Júntanos madre. Acerca/Esas preciosas rama/tuys, tan escondida, que an-

helamos/asir, estrechar todos, encendiéndonos/en ella como un único/fruto de sabor dulce, igual. Que en ese día/de ese hueso de hiel que nos consume/alegres, rebosemos/ tu ya tranquilo corazón sin sombra". Pura poesía; es decir, la que con un mínimo de palabras, y con silencios, puede sugerirlo todo: "No me preguntéis. Un día/nos iremos en un barco/No

os quiero decir adónde/En un barco".

"Aquí estás, ya has venido, con más noche en la frente", te digo yo, te decimos, como hace ya muchos años soñaste que alguien te diría, Rafael. Has venido. Mas no para ser "el huésped melancólico, errabundo en tu casa". Sencillamente: estás aquí, porque nunca te fuiste. ■

EL RETORNO DE FEDERICA MONTSENY

Acracia al fin triunfará. Bello jardín la tierra será.

(Del himno Salud, proletarios.)

M. VAZQUEZ MONTALBAN

CONOCI a la Montseny hace unos seis o siete años. Yo iba de la mano del historiador Josep Termes, una buena mano para acercarse a los anarquistas, porque respetan la valoración histórica que Termes ha hecho de su larga lucha por la libertad. Los paisanos de mi generación, o al menos los que nacimos vencidos y bien vencidos en la guerra civil, hemos mamado un total respeto por ideas y creencias que, aunque antagónicas, configuraron aquella gran esperanza popular que fue la Segunda República. Lo he escrito otras veces: carezco del más elemental instinto sectario y me cuesta distinguir los chopos de los naranjos en el bosque entrañable del pueblo que luchó por sus razones. Además, la captación de los valores humanos de cada persona creo que no debe ser coyuntural o condicionada por su rentabilidad o coincidencia política. Federica Montseny, la primera mujer que llegó a ministro del mundo, nos recibió en un humilde piso de Toulouse, acompañada de su marido, el ya legendario Germinal Esgleas, de una hija, de ambos, de un camarada cenetista y de un gato empeñado en encaramarse sobre un televisor. Esgleas nos hizo café, y la Montseny nos habló del pasado y del futuro. Ya entonces nos dijo que repudiaba el haber sido ministro. Para ella el compromiso de los anarcosindicalistas en puestos de Gobierno fue un error. De aquel primer encuentro, sobre todo, conservo impresiones psicológicas y sentimentales: el impacto de una personalidad apabullante.

Relaté aquel encuentro en las páginas de TRIUNFO, en unas condiciones de precaria escritura, porque por entonces hablar con



Federica Montseny ha vuelto tal y como se marchó, con los atributos de la conciencia política donde y como siempre estuvieron.

Federica Montseny o visitar el local oficial de la CNT en Toulouse eran delitos políticos obvios, a regañadientes tolerados por la retina recelosa del ministro Sánchez Bella. De Toulouse me traje el recuerdo de aquellas gentes. Sus recuerdos encadenados, en el doble sentido de la palabra, de la guerra civil. También, un racimo de publicaciones anarquistas del que escogería el cancionero donde se demostraba que los anarquistas habían comprendido muchas cosas de la subcultura con décadas de

anticipación: por ejemplo, la música de Ramona, al servicio de una letra revolucionaria o la del Soldado de Nápoles, de la Canción del Olvido.

Ahora veo a Federica Montseny aquí, en Catalunya, frente a frente, comensales ambos en una cena poco poblada, organizada por una librería barcelonesa. Hace horas que Federica Montseny ha cruzado la frontera en coche superregistrado. La CNT le había montado su reingreso en España en íntima colaboración con las editoria-